

¿Una nueva clase política?

Andrés García Inda

Universidad de Zaragoza.

Todo análisis político es, en mayor o menor medida, una conjetura, un intento por escrutar las estrategias y deseos de la imaginación del poder. Pero lo cierto es que a veces esa imaginación toma forma concreta y uno puede advertir los perfiles y las sombras del Leviatán. Sobre todo, cuando éste aparece sonriente y televisivo, con una mano haciendo la señal de la victoria y la otra levantada en el saludo fascista.

Ante la imagen así revelada de la situación política italiana, todo el mundo se ha apresurado a sacar sus conclusiones, y quizás el análisis necesario por lo que hace a nuestra situación, y que queda por hacer, es el referente al debate que en nuestro país precisamente ha propiciado la crisis política italiana. Digo «quizás», porque de las «lecciones» que, como decíamos, pudieran sacarse de las elecciones en Italia, y que obligarían a muchos a poner sus barbas a remojar al ver las del vecino pelar, algunos se han dedicado a echar balones fuera, por ejemplo, acusando a los jueces italianos que han perseguido la corrupción de ser los responsables del triunfo neofascista (así se expresó el ministro Saavedra) o considerando tan democráticos a Berlusconi como a Ochetto (al decir de Pujol). Aunque donde tanto monta uno como otro (según Pujol), en realidad no montan lo mismo.

Pero más allá de ese análisis necesario, que dejamos para mejor ocasión, la primera conclusión que podemos extraer del proceso electoral italiano, a la vista de sus resultados, es la consolidación de ese «nuevo juego político» (como diría P. Champagne) que estriba en producir la opinión. En una situación donde la concentración del poder massmediático y su vinculación a las redes del poder político permite que un magnate de la comunicación fabrique un partido político y gane las elecciones en dos o tres meses, es posible pensar que ese mismo magnate es capaz, es decir, que tiene capacidad, para hacer lo que quiera. Basta con llevar a cabo una estrategia apropiada de «hacerse querer» o necesitar por el electorado, fabricarse una buena imagen de caballero y apostar en el momento apropiado, con una buena baza, eso sí, surtida de canales de televisión y prensa escrita suficientemente dominados. Lo cual debería hacernos pensar a nosotros en el juego político que se está construyendo en nuestro país con la concentración de determinados medios de comunicación y las comedias electorales a que quedan reducidos el pluralismo y la participación política.

Pero lo cierto es que, al fin y al cabo, la alternativa de poder suscitada por Berlusconi nace también del seno mismo del poder

existente. No sólo porque reciba el apoyo de su fiel amigo Craxi, que desde su supuesta filiación socialista ha preferido recomendar el voto para el *polo de la libertad* antes que apoyar a la izquierda, sino porque junto con los de Fiat y Olivetti (dos pilares del sistema de medios de comunicación italianos implicados en el pago de comisiones ilegales a los partidos), Fininvest, feudo de Berlusconi, es el tercer gran grupo económico que ejerce el dominio de los medios en Italia. Habría que preguntarse, por eso, hasta qué punto la nueva clase política surgida tras la crisis no es sino un bucle del poder existente con el que prolongarse, quien sabe si indefinidamente, en el control de las instituciones italianas, y desde el que controlar las alternativas de la izquierda que triunfaran en las elecciones municipales. Y hasta qué punto también la calculada espontaneidad con que *il cavaliere* Berlusconi entró en el juego político no está también motivada por las preocupaciones que un nuevo estado de cosas en Italia pudieran acarrear a sus negocios. Al fin y al cabo, toda su estrategia política se sostiene, al lado del neofascismo o, mejor dicho, en él, frente a los peligros de la izquierda y el comunismo. Surgen, es cierto, viejas fórmulas políticas con nuevos nombres, las representadas por Fini y Bossi, funda-

DÍA A DÍA



Claude Monet. La evasión de Rochefort.

mentalmente. Pero lo hacen también al amparo de Berlusconi y su omnipresencia massmediática.

Por otro lado, los resultados de las elecciones italianas parecen advertir (aunque sólo sea de forma provisional, dado que cuando escribimos esto ni siquiera se conoce cual será la composición del Gobierno a tenor de las discusiones internas del triunvirato Fini-Bossi-Berlusconi) de lo que se ha denominado el triunfo de *lo impolítico*, esto es, la consideración de la política por sí misma y no como una función pública al servicio de los ciudadanos (J. Freund). Berlusconi ha conquistado el poder igual que se hace un negocio, y todo parece advertir que la nueva República que surge con él durará lo que dure su negocio. El peligro es que la caída sea, como lo ha sido antes que él, tan estrepitosa como la quiebra de una empresa en la que se descubre fraude por todos los sitios.

En ese sentido, el caso italiano es además una seria advertencia al resto de los países mediterráneos y a sus eufemísticas fórmulas de «socialismo democrático».

La estrepitosa quiebra del PSI no ha hecho más que poner de relieve que éste no era más que (como decía Fernández Buey del PSOE) la mano izquierda de la derecha política. Sin duda, quienes detentan el poder habrán de pensar muy mucho a qué tipo de juego político están contribuyendo y qué caldo de cultivo están alimentando para facilitar el triunfo de Berlusconi y sus aliados neofascistas. Aunque tal vez dicha advertencia no entre dentro de sus preocupaciones. ¿Quizás porque Berlusconi es de los suyos?

En todo caso, nos dirán, Berlusconi y sus no-se-sabe-por-cuánto-tiempo compañeros de viaje han sido elegidos formal y democráticamente en las urnas. Lo cual, para algunos, es de por sí crédito y garantía suficiente para lo que sea. A nuestro juicio, sin embargo, las elecciones italianas vienen a subrayar la fragilidad democrática de los sistemas occidentales, democracias meramente procedimentales o de «baja intensidad», como acertadamente las han denominado algunos, en las que el poder económico y de la comunicación se constituyen

como los auténticos creadores de la política. Y donde los dueños de la violencia simbólica se constituyen en los dueños y señores del espacio político, un espacio en el que producir y reproducir «milagros» que, como el de Berlusconi, deben muy poco a la capacidad taumatúrgica del electorado y mucho más a la eficacia institucional del poder económico y la crisis generalizada.

Sin duda, habrá quienes piensen que el caso italiano no es extrapolable a países como el nuestro. Seguramente (y afortunadamente), no lo sea. Pero aunque no sea para mirarse en él como en un espejo, en el contexto de una economía y una política mundializadas y medidas además con el mismo rasero liberal, será preciso ir sacando algunas conclusiones (éstas u otras) si realmente se quiere hacer de la política un ejercicio de transformación social. Los demás, los satisfechos, tendrán bastante con sentarse y mirar cómo las viejas fórmulas neoliberales de esa «nueva derecha» se instalan totalmente en la política italiana de fines de siglo. **A**